

decir: «Si logramos arrojar á los franceses, una de las primeras cosas que hay que hacer es reparar la injusticia que se cometió con los pobres jesuitas.» Y de hecho procuró repararla como presidente de la Junta, «alzando la confinacion á aquellos infelices hermanos nuestros» (*sic*) por decreto de 13 de Noviembre de 1808, uno de los pocos que honran á la Central. Dicese, aunque no con seguridad completa, que en Sevilla hizo, ántes de morir, una retractacion en forma de sus antiguas doctrinas<sup>1</sup>.»

<sup>1</sup> MENÉNDEZ PELAYO, *Heterodoxos españoles*, Tomo III, pág. 171.

## CAPÍTULO V

El soldado Capet en el Buen Consejo. — La cuaresma y el mes de María. — Nueva persecucion contra los españoles, que no juraron fidelidad á José Bonaparte. — Defiéndose el P. Pignatelli. — Ejemplo de entereza del Siervo de Dios. — Prision y destierro de Pío VII. — Socórrele á él y á otros personajes ilustres el P. José. — Trastornos en Roma. — Providencias del Venerable con los suyos. — Consérvanse de un modo prodigioso en el Buen Consejo los españoles y algunos italianos. — Continúan ejercitando los ministerios. — Nuevas exigencias del gobierno. — Los jóvenes escolares extranjeros son obligados á volver á su patria. — Renuevan sus votos. — Conservan su fervor y espíritu religioso. — La fiesta de San Francisco de Borja. — El P. Pignatelli y el cardenal de Gregori. — Evita un escándalo público.

1809

Á principios del año de 1809 dignóse Dios consolar á su Siervo con algunos sucesos para él muy prósperos<sup>1</sup>. Uno fue la visita no de un personaje de alta representacion ó de distinguido nacimiento, sino de un pobre soldado, el cual servía en el ejército francés, que estaba de guarnicion en Roma. Era este un joven, llamado Capet, que había sido en Nápoles novicio coadjutor, y cuando fue expulsada de aquel reino la Compañía en 1806, fue enviado á su casa por orden del gobierno. En una de las quintas

<sup>1</sup> P. LUENGO, *Diario*, Tomo 43, pág. 260.

que se hicieron, cayó soldado el pobre Capet; y de una ciudad en otra fue á parar en Roma.

Tuvo noticia de que allí se encontraba el P. Pignatelli con algunos de los Padres y Hermanos sus conocidos. Al instante voló allá, y tuvo el consuelo de ver y abrazar á su querido Padre, el cual le recibió con los brazos abiertos y con significaciones de entrañable caridad, como á hijo que la desgracia le había arrebatado. Contó el buen Capet las grandes miserias de su actual y odiada vida, con que enterneció á aquellos Padres, moviéndoles á lástima, y se vio por ellos consolado y abundantemente socorrido.

Á este consuelo del P. Pignatelli añadióse el de poder procurar el bien de sus prójimos con los ministerios: pues á pesar de lo revuelta que estaba la ciudad de Roma, predicóse, como de costumbre, en el Jesús durante toda la cuaresma con un regular concurso del pueblo, al cual daba grandísima edificacion la asistencia del rey de Cerdeña, Carlos Manuel, con gran recogimiento y devocion. Habíase el buen rey propuesto imitar los santos ejemplos de su venerable esposa, cuya beatificacion estaba promoviendo con mucho ardor.

Durante el Mayo hizose el mes de María en la iglesia del Buen Consejo y tambien en el Jesús, en donde predicó el Padre Mozzi, y se vieron ambas iglesias extraordinariamente concurridas, por lo que permitían las circunstancias. Á la singular proteccion de la Santísima Virgen se atribuyó el que algunos de los encarcelados por no haber querido prestar el juramento, recobraran libertad, entre ellos el P. Faustino Arévalo y otros sacerdotes respetables. Debióse esta indulgencia al nuevo gobernador Le Marrois, que sustituyó al general Miollis durante su ausencia de Roma en el mes de Mayo<sup>1</sup>. Pero con la vuelta de Miollis á

<sup>1</sup> Miollis salió con Saliceti el 27 de Abril para visitar las fortificaciones de Mantua. El general Le Marrois llegó á Roma el 1.º de Mayo: durante su corto mando, se abrieron las prisiones á muchos de los jesuitas presos por no querer jurar. (P. LUENGO.)

Roma, el 9 de Junio, comenzaron de nuevo las persecuciones contra los jesuitas españoles, que se habían negado á prestar el juramento de fidelidad al rey intruso de España, y para los romanos y el Papa mismo una larga serie de trastornos y calamidades.

El 40 del mismo mes publicóse en Roma el decreto de Napoleon, expedido desde el palacio de Schoénbrunn, en que se suprimía el poder temporal del Papa y se declaraba á Roma ciudad imperial y libre. El día 41 Pío VII, sin perder el ánimo bajo el peso de tantas amarguras, levantó su robusta voz contra los sacrilegos usurpadores, fulminando sentencia de excomunion contra los autores del atentado y contra todos los que de cualquier modo hubiesen contribuido á la violenta é injusta ocupacion de sus estados.

El Padre Pignatelli, al saber la penuria en que se hallaba Pío VII despojado de su dominio temporal y falto de humanos recursos, pues se negó á recibir la asignacion que los usurpadores le señalaron, le envió por medio del cardenal Despuig el dinero que en casa tenía. El Padre Santo, en el acto de mostrarle el cardenal aquella cantidad, le dijo: «Este es el primer socorro que recibimos; y lo recibimos de personas desterradas. Para manifestar que agradecemos su buen corazon, tomaremos la mitad del dinero; y Vuestra Eminencia volverá á poner la otra mitad en sus manos<sup>1</sup>.»

Entre las demás personas de distincion, á quienes socorrió en aquellos miserables tiempos el P. José, cuenta el H. Grassi las siguientes: María Luisa de Borbon, reina de Etruria, encerrada en las Ursulinas; el ya mencionado cardenal Ruffo, á quien dio unos cien doblones; un obispo griego, que vivía junto al Coliseo, á quien socorrió con cien escudos; tres Párrocos de *San Salvatore ai Monti*, Salvador Mechetti, Felipe Colonna y Pedro Muccioli, que fueron perseguidos y desterrados, y él les socorrió con cuanto les fue menester<sup>2</sup>.

<sup>1</sup> *Process. Rom.*, fol. 174.

<sup>2</sup> *Ibid.*, fol. 175.

Fácil es imaginar lo que acaeció á los miembros de la Iglesia, herida su cabeza de un modo tan inhumano. Entre los cardenales, los pocos que se pudieron salvar huyendo á pais extranjero no dominado por la Francia, fueron los más afortunados; pero la mayor parte hubo de sostener con fortaleza el destierro y la cárcel<sup>1</sup>. De los cardenales se pasó á los obispos, á los párrocos, á los canónigos, á los simples sacerdotes y finalmente á todos los regulares de uno y otro sexo, que en un mismo punto fueron arrojados de sus domicilios, privados de sus bienes y perseguidos de mil maneras. Los templos fueron cerrados ó profanados, vilipendiado el culto divino, despojados los altares, y los sagrados vasos sirvieron para usos profanos. Las sedes episcopales, vacías de sus legítimos pastores, fueron ocupadas por hombres mercenarios; viéronse disueltas las congregaciones de sacerdotes, abolidos los seminarios, y las fuentes de la educación envenenadas con perniciosa doctrina.

Caían las antiguas instituciones surgiendo otras nuevas á propósito para promover y rematar la depravacion del espíritu y la corrupcion de las costumbres. Veíase honrada y protegida la impiedad y el perjurio; y aherrojados y proscritos los ciudadanos probos y fieles á la religion y á la patria. Diariamente aparecían nuevas leyes, prodigábanse amenazas y penas de destierro, de confiscacion, de cárceles y de muerte.

El violento despojo de que fue víctima Pío VII, hacía prever que á no tardar había de ser arrancado de su sede á viva fuerza, como en efecto sucedió la noche del 5 al 6 de Julio, en la que el Papa vio escalados silenciosamente los balcones de su palacio por una turba de gente asalariada y vilísima, y fue él apresado y conducido prisionero á Francia y en seguida á la Liguria, donde se le encerró en la fortaleza de Savona.

<sup>1</sup> En 24 de Junio, dice el autor del *Diario*, solos tres cardenales quedaban libres en Roma. Estos eran los Eminentísimos Vincenti, La Porte y Consalvi. Siete días ántes, el 17, los franceses se apoderaron de la Inquisicion, y sacaron de ella al tristemente célebre Paccanari.

El día 10 de este mismo mes de Julio presentóse á los Padres del Buen Consejo un comisario del gobierno á exigirles el pago de cierta contribucion ó pension, impuesta para el sostenimiento de la guardia cívica, nuevamente creada por el gobierno usurpador<sup>1</sup>. El P. Pignatelli, sin turbarse en lo más mínimo, le respondió que tenía que alegar sus razones al general Miollis: y sin más, toma el manto y se va á buscarle. Como no pudiese dar con él, se dirige al comandante de la plaza, á quien tampoco le fue posible encontrar. Á la mañana siguiente sale á practicar nuevas y más exquisitas diligencias; logra hablar con el comandante, y le entrega por escrito las razones por las cuales estaba libre de aquella carga. Estas fueron en sustancia las que ya habia alegado en Febrero, cuando se prendió á los de Orvieto.

«Después de cuarenta años de expatriados de España,» dice, «no teníamos de españoles sino la pension que en nombre del rey se nos daba. De esta se nos privó con un decreto de la corte de Madrid, por habernos hecho jesuítas en Nápoles. Desde entonces dejamos de ser españoles del todo; y así lo reconoció el ministro Vargas, pues no nos incluyó en la lista oficial de los españoles, entregada por él al general Miollis. En Nápoles, fuimos legalmente repuestos, y quiso conservarnos allí el rey José Bonaparte; y habiéndonos después desterrado de aquel reino, ahora aquí en Roma debemos ser considerados no como españoles desterrados de España, sino como napolitanos expulsados de Nápoles.»

Hallábase á la sazón en Roma el general Eugenio Pignatelli al servicio del rey Joaquin de Nápoles. Era sobrino del P. José, y le veneraba como á santo. Apoyó este las razones de su tío; el cual con tan buen apoyo logró que sus razones fuesen atendi-

<sup>1</sup> Este comisario no era Milanese, como dice el P. BOERO (pág. 464) sino Olivetti. Hubo tambien otro de aquel nombre, como dice el Hermano José Grassi en el proceso romano, fol. 168. El gobierno estaba dividido entre un comandante de armas, que poco después fue el general Eugenio Pignatelli, y un comisario de policía.

das por el comandante<sup>1</sup>; é informando favorablemente á Miollis, este reconoció que no debían ser molestados en este punto: trató al P. José con atencion y urbanidad, y ofrecióse á servirle en todo lo que le pudiera ocurrir<sup>2</sup>.

Esta benevolencia del general francés no fue parte para que el Siervo de Dios no tratase con severidad á los amigos del nuevo orden de cosas, como se entenderá por este caso, que refiere el P. Fornasari. En la casita del Buen Consejo solía visitarle un obispo, cuando iba á Roma, por el fruto que sacaba de su santa conversacion. Supo el Siervo de Dios que aquel prelado tenía estrecha amistad con Miollis, y que obraba de una manera menos conforme con las órdenes emanadas del Soberano Pontífice: y pareciéndole que no convenía frecuentase su casa hombre de esta conducta, aunque tan venerable por su carácter y dignidad, con franqueza y libertad apostólica le suplicó tuviese á bien no hacer más visitas á aquella comunidad religiosa: y en efecto así lo hizo<sup>3</sup>.

Á fines de Julio se publicó una providencia del gobierno, en que se mandaba barrer y regar la parte de la calle correspondiente á la casa<sup>4</sup>. Y fue cosa de grande edificacion, y aun de admiracion, ver al venerable anciano P. Pignatelli tomar la escoba, y en pleno día estarse barriendo la porcion de la calle que cogía la casa del Buen Consejo. En esta humilde ocupacion le vio Ángel de Angelis, como lo atestigua en el proceso romano<sup>5</sup> con estas palabras: «Yendo un día á la casa del Buen Consejo con el Sr. Rossi, vi que el dicho Padre [Pignatelli] estaba barriendo en la calle pública para obedecer al edicto.»

El buen Superior, con el fin de atender á la conservacion de sus subordinados, los llamó á Roma á todos, excepto los de Tívoli y de Orvieto; porque estando esparcidos por los seminarios y

<sup>1</sup> P. LUENGO, *Diario*, Tomo 43, pág. 544.

<sup>2</sup> *Id.*, *ibid.*, pág. 551.

<sup>3</sup> *Process. Rom.*, fol. 86.

<sup>4</sup> P. LUENGO, *Diario*, Tomo 43, pág. 600.

<sup>5</sup> *Process. Rom.*, fol. 1163.

residencias, no podían ya hacer bien alguno, y vivían expuestos sin cesar á las pesquisas y vejaciones de los comisarios ó agentes, que recorrían con amplias facultades el país en busca de sacerdotes á quienes hacer jurar fidelidad y sumision á la nueva consulta romana.

Reunidos ya en Roma, los amonestó con graves palabras á estar todo lo más ocultos que pudiesen. Dijoles que sin grave necesidad no salieran de casa, que se abstuviesen de hablar con personas de fuera y de entablar conversaciones de política, ó de rumores ó noticias que circularan por la ciudad; porque sabía él muy bien que no faltaban gentes que so color de amistad, espiaban todos sus pasos y palabras, con el fin de lograr un pretexto para acusarlos; y así que era indispensable hacer uso de gran circunspeccion y prudencia, y no dar nunca respuesta de palabra ó por escrito, y mucho menos sentenciar con un sí ó no sobre cosas acerca de las cuales pudiesen interrogarlos. Y porque un Hermano coadjutor, menos cauto y circunspecto que los otros en hablar, después de varios avisos incurrió en el mismo defecto, amenazóle el Siervo de Dios que le arrojaría de la religion, si volvía á recaer. Tal era su empeño en que por culpa de uno no hubiese de alcanzar á todos los demás un gran contra-tiempo.

De lo que por este tiempo sucedía con los Padres de San Pantaleon da muchos pormenores y llenos de interés el P. Luengo<sup>1</sup>. Dice así: «Otro prodigio, semejante á esta conservacion de la Compañía en tan grande número, se está viendo en esta porcion de jesuitas, que fueron arrojados de Nápoles, entre los cuales hay alguno que otro portugués, buen número de españoles é italianos, jesuitas antiguos, y otros que han entrado de nuevo. Algunos de estos pasaron á vivir y trabajar en la enseñanza y en los ministerios en las ciudades de Sezzè, Anagni, Amelia y Palestrina, habiéndoles hecho los obispos algunas razonables y aun generosas promesas en orden á su manutencion; y el Padre

<sup>1</sup> *Diario*, Tomo 42, segunda parte, págs. 859 y siguientes.